

# El inigualable señor «Cherry»

Lida Marcela Pedraza Q.  
*Comunicadora Social y Magistra en  
Literatura de la Universidad Javeriana*



Rafael Carranza

Rafael Carranza es un hombre ingenioso y alegre. Con su cantinflesca sonrisa cuenta que la gracia que él tiene se la regaló Dios. Su rostro es expresivo, su nariz es recta, un poco aguileña, y sus ojos, de color castaño verdosos, son el complemento de su audaz personalidad. Aunque no es muy alto, pues mide un metro con cincuenta y ocho centímetros, eso no le preocupa mucho. Lo que le falta de

estatura le sobra en buen humor. ¿De qué otra manera podría hacer felices a cuatro mujeres al tiempo?

Entre el círculo de amigos y profesores se ha ido convirtiendo en un personaje notable, reconocimiento que no le ha venido de manera gratuita, sino porque él, a pesar de «molestar tanto», se comporta como todo un caballero. Le hace honor a San Rafael, el ángel de la salud, el protector de los viajeros y caminantes. Quizás sea por esto que en ese ir y venir por las dos sedes de la universidad, además de regalarles a sus clientes su chispa, los llena de palabras cargadas de vida.

Nació el 25 de mayo de 1955. Es uno de los signos más tiernos del horóscopo chino: la cabra. Las personas de este signo son afables y compasivas, suelen tener sus propios criterios de vida y artísticos. En algunos momentos pueden ser inseguros, hipersensibles, excesivamente melancólicos y con tendencia a la tristeza. La mente de la cabra necesita ser libre, no persigue la riqueza material; se sienten más a gusto cuando

entran en su interior. Pueden ser muy generosos con aquellos que aman. Necesitan sentirse amados y admirados todo el tiempo. Entre los famosos de este signo se encuentran los actores Robert de Niro, Mel Gibson; los cantantes George Harrison, Julio Iglesias y Mick Jager. Su signo equivalente en el horóscopo occidental es cáncer.

Desató los cordones de mis botas y me miró: *«El Carranza es el apellido de mi madre»* dijo, mientras embadurnaba de betún mis botas. Y agregó con picardía: *«Yo nací donde nació el niño Jesús, en el barrio Belén, de Bogotá»*. Ya me había aplicado el betún amarillo cuando, con una actitud franca y humilde, me comentó que fue su madre, doña María de Jesús quien lo motivó a convertirse en limpiabotas: *«Yo me convertí en limpiabotas porque la verdad es que desde muy niño fui ayudante de construcción y como se puso escaso el trabajo, entonces mi mamá me dijo: ‘No mijo, pues yo tengo un amigo que le hace una caja, y se va a embolar con sus hermanos’, entonces le dije: ‘Espere mami, deme otra semana’, y me dio otra semana y entonces nada, y de ahí fue cuando empecé a cargar mi cajita.»*

Untó en sus dedos índice y corazón el betún. Seguía con su mirada el ritmo de la lustrada y de la conversación. Le pregunté: *«¿Cómo ve a las personas desde allá abajo?»*. Dejó de lustrar, pues tenía su mirada concentrada en mi calzado, la levantó, y con las manos en el betún, muy espontáneo dijo: *«Es prestar un servicio. Me siento más contento sentado aquí a sus pies y no que usted me estuviera limpiando los zapatos a mí. Es como si en un bogar fuera la mujer la que le limpiara los zapatos al marido. Eso le toca es al hombre. Por ejemplo, un día yo les dije en mi casa, sáquenme los zapatos para limpiarlos y eso me sacaron como dieciocho pares de zapatos. Y, si me toca hacer algún oficio de los que hace más la mujer, lo hago. En las vacaciones, por ejemplo yo le ayudé a la negrita a tender las camas y ella me elogió.»*

Don Rafael cogió el trapo de brillar y se lo enredó en sus dedos. En ese momento le pregunté si desde el comienzo se sintió a gusto como limpiabotas: *«No, no me gustó. Cuando empecé yo cargaba las cajas atrás,*



Rafael Carranza

*escondidas, porque en ese entonces de ser ladrón a ser embolador era casi igual, y como yo había trabajado de ayudante de construcción, estaba pensando que me podía ir mejor por ahí, pero el trabajo estaba malo, entonces me tocó empezar a embolar, empecé como pirata, deambulando por las calles y por las cafeterías».*

## ¡Qué hubo pirata!

Se entrenó en el oficio. Lo aprendió a la edad de quince años. Fue hacia 1970. Le bastó observar a sus compañeros para adiestrarse en el arte de piratear por las calles del centro de la ciudad. Se hizo amigo de la gente y se ganó la clientela. Al comienzo se ubicó en la Jiménez con carrera Octava, cerca de la Caja Agraria. Llegaba al mediodía, después de que se fueran algunos de los lustrabotas que tenían puesto fijo.

Más adelante se hizo visitante asiduo del tradicional Café Sant Morritz, ubicado aún en la Calle Dieciséis con Carrera Octava. En éste no sólo trabajó como lustrabotas, sino que arreglaba el envase, traía de la bodega las canastas de cerveza y hacía los mandados. Al terminar estas tareas Rafael empezaba a pasar por todas las mesas y decía en un pregón repetido y constante: *«lustró, lustró, lustró»*.

Dejó de brillar con la tela de dril y se quedó pensando con la mirada puesta sobre mí, y me dijo: *«En esos años hacia 1974 embellecí los zapatos de algunos personajes de la farándula. Recuerdo al ya fallecido ‘Mocho’ Sánchez, a Jaime, el ‘Flaco’ Agudelo, y a Norberto López, humoristas de Sábados Felices. Del Sant Morritz pasé a la Calle Diecinueve. Luis Eduardo, mi hermano menor me vinculó a este grupo de limpiabotas. En un comienzo yo me dirigía a la clientela con un ‘Listo jefe, ya, despachao’. Después la cambié por otra más amable: ‘Doctor, está listo, ya lo atendí’. Y mi hermano José Antonio, el contador público, me enseñó cómo era que debía tratar a la clientela.»*

## El billar

Cuando terminó de brillar mis botas guardó los implementos en la caja y se reacomodó en su banqueta. Tenía puesto un overol caqui y unos zapatos negros, de amarrar, muy sencillos y limpios. Continuó su relato con el desparpajo que siempre lo acompaña: *«Yo tenía como unos once años. Empecé con un amigo a ir al billar de menores. En esa época yo era voceador de prensa. Trabajaba rapidito en las mañanas y me iba para el billar a pasar toda la tarde»*. Le pregunté: *«¿Iba a distraerse?»*. Él con una actitud valiente enfatizó: *«Eso no era recreación, sino vagancia. Sucedió hasta los catorce años. Yo era de buenas para el juego. En una ocasión yo perdí la platica, y mis hermanos dependían de mí. Uno apostaba todo lo que tenía. La ganancia de la prensa que vendía me la jugaba»*. *«¿Lo que se ganaba de voceador?»*, anoté yo, *«Sí, esa es la ley del jugador, que hasta que no se quede sin cinco no deja. Digamos que se apostaba cien pesos cada chico, es como si hoy se apostara veinte mil, treinta mil pesos. Yo empecé a apostar la plata ahí en la Carrera Décima entre calles Sexta y Séptima. El sitio se llamaba El Gimnasio porque cerca de él había un gimnasio»*. Con un movimiento decidido de cabeza, termina, *«Me la pasaba de vagancia ahí, hasta la noche cuando salía»*. A estas alturas de la conversación mis botas ya estaban relucientes. Don Rafael continuó con su relato: *«Una vez perdí una apuesta en el juego, entonces mis hermanos me acusaron con mi mamá y ella me dio una leñera por todo el cuerpo, especialmente en las manos para que dejara de jugar...»*

Como mi mamá era muy rígida a uno le tocaba ser obediente. Yo quedé muy maltratado, entonces me resigné por no jugar, hasta que fui mayor de edad. Al pasar a ser mayor de edad como que me tomé mis derechos. Le empecé a reclamar a mi mamá. Ya ella me fue soltando. Me tomé toda mi libertad, empecé a jugar en los billares para adultos. Yo me conozco todos los cafés que hay de la Once hasta la Veintitrés». «¿Y su papá?», le pregunté. «Papá era un conductor de camión y tomaba mucho. Yo tendría unos ocho años cuando ellos se separaron. Y mi papá murió cuando yo tenía once años», me contestó, y yo continué preguntado: «Abora que me cuenta lo de la muenda que le dio su mamá, ¿qué cosas de la vida no soporta?», su rostro jovial se tornó serio, y dócil contestó: «Lo que me disgusta, por ejemplo, el maltrato. Que me maltraten o ver que maltratan a alguien». «Volvamos a los cafés de billar ¿Cuáles cafés frecuentaba?», dije, a lo que el me respondió: «El San Miguel que queda abajito de la Alcaldía Mayor, en la Calle Once entre carreras Octava y Novena. El Santo Domingo, el San Francisco que queda en la Jiménez entre Séptima y Octava. El Supremo, en la carrera Décima antes de llegar a la Jiménez. Y en el billar donde más jugaba con mi combo de compañeros era en el billar de Mario Criales, un campeón de billar de tres bandas, que ya murió».

Óscar Godoy, el director encargado del Departamento de Humanidades y Letras, pasó en ese momento cerca de las mesas de pimpón de la Universidad. Su mirada se detuvo en nosotros. Entonces lo saludamos y lo llamé. Con su risita engañosa advirtió: «Él me ha contado que en una época vivía de lo que apostaba en el billar. Hacía apuestas y las ganaba. Hemos sido rivales en partidos de tejo y él obviamente me gana sobrado, porque juega muy bien». En esos momentos aprovechamos para reírnos. Entonces, Óscar mirando a don Rafael, quien también se sonreía, dejó ver su risita y se despidió de nosotros.

«¿Entonces con el juego del billar aparecían las mujeres?», le pregunté, mientras él le ponía los cordones a mis botas y me acomodaba la bota del pantalón, y dijo: «Listo prof. Noo, más que todo son como los genes, porque mi papá era muy enamorado. Los mismos papás lo impulsan a uno. De niño ya empezaban a molestarme: ‘Pero es que mírenlo. Ya le echó el ojo a la muchacha’. De niño se dan más que todo las mujeres adultas. Eso fue como desde los seis años. Y ya después de muchacho fui muy rumbero. Tuve un combo de amigos en el que la apuesta era que quien no saliera con novia tenía que gastar el desenguayabe, esa era la ley.



Rafael Carranza

*Uno las besaba y chao chao y sale*. «¿También se las llevaba a dormir?», agregué yo, a lo que me contestó: «No, eso sí no». Don Rafael respondía de manera rápida y viva. «¿Quiénes formaban parte del combo?», continué. «Los del combo éramos Alonso, Patricio, Orlando, Álvaro y yo», dijo él. «¿Qué música bailaban?», pregunté, «Salsa y merengue. Fruko, Pastor López, Los Melódicos, Los Hispanos», dijo, y agregué «¿Y por qué era mujeriego?», «Más que todo era por chicanear, por pantallear, por decir yo sí puedo, yo sí hago lo que se me antoje. Por ser como engreído, por tratar de humillar a los demás. Y era muy machista y muy celoso. Gracias a Dios que se superó eso.», por curiosidad seguí: «Con su esposa ¿cómo fue la conquista?», esta vez no sonríe burlón, sino con ternura: «Con ella sí fue distinto, pero también la concreté en una fiesta. Duramos como seis meses de novios, ella quedó embarazada y me lo comentó, entonces le dije listo... Nos casamos por lo civil y después allá en la iglesia cristiana», y seguí con las preguntas del caso. «¿Y usted a su esposa también le hace bromas?», «Lo que pasa es que yo la molesto a ella, pero hay veces que me dice: pero mire a ver si es serio», «¿A qué edad se casaron?», «Ella tenía diecinueve años y yo treinta. A mí me parece que fue a buena edad», «¿Por qué, don Rafael?», «Porque yo molesto harto con todo...»

Mientras Rafa estaba en esa banca del prado de Ingeniería, los profes de los distintos departamentos de esta Facultad y los de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad pasaban, y a lo lejos lo llamaban: «¿Qué, Rafa?, ¿a qué horas pasa? Lo espero a la una y media o antes de las dos, que tenemos una reunión!», «¡Listo, profe!, paso a las 2 p.m.», les decía él.

En ese momento un profesor de la Facultad de Ingeniería se acercó a donde estábamos. Rafa le empezó a limpiar sus zapatos negros empolvados. Le pregunté al profesor, de manera equivocada: «¿Don Rafael lo está cremando? ... quiero decir, eso es aplicarle crema a los zapatos?». El errorcito me costó un saboteo por parte del lustrabotas, quien mirando al profesor y mirándome agregó: «Ayyy, profe, cómo cree que le voy a echar candela al profesor, queda chamuscado muy pronto». Y continuó con su tarea: con una tela pulió el betún, con otra, de dril, desencremó los zapatos, y finalmente les echó un poco de agua para la brillada final del cuero y de la suela. «¿Cuánto está cobrando, don Rafael?», le pregunté, volvió a mirar al profesor y divirtiéndose soltó otro de sus agudos comentarios: «Pues ahí sí, como dicen, pues depende el marrano...». Guardó silencio un rato, y luego dijo: «Pues al profe toca un poquito más, porque como el profe está gordito». El profesor, químico de la Universidad Nacional, apenas lo miró y alcanzó a sonreírse con timidez... Don Rafa, hábil, cambió de tema.

Miré a los ojos a don Rafael. Me acomodé en la silla y le pregunté: «¿Y cómo deja de jugar y de tomar?». «El proceso para dejar de jugar y tomar fue porque yo me lo propuse. Y porque yo trabajaba con mi esposa vendiendo lotería y chance...», «Entonces ahí sí le tocaba irse con ella tempranito para la casa», lo interrumpí. «Sí, si antes yo le llegaba a la una o dos de la mañana o ni le llegaba, ya me propuse a ir llegando cada vez más temprano, a las nueve, a las ocho, a las siete de la noche. Empecé a ser consciente de las cosas que hice mal y pensé qué le

*vamos a hacer, no lo vuelvo a hacer. No como el que engaña a la novia, perdóneme que no quería. Ella aguanta y vuelve a hacerlo otra vez. Uno tiene que reconocer lo que hizo mal y superarlo. Como el borracho: no, yo mañana no tomo. Se toma la primera y se le olvidó el guayabo y dele...Y la cuestión definitiva para dejar de tomar fue porque una vez Luz Miriam me despertó bien temprano para llamarme la atención por la borrachera que me había pegado la noche anterior. Yo no quería escucharla en ese momento; sin embargo durante el transcurso del día analicé que me había pasado de tragos, entonces en la noche la invité a tomar café y allí le aseguré: ‘Las borracheras se acabaron’. Desde entonces he cumplido con lo que le dije. Ahora, después de tantos años de convivencia con una noche que esté yo sin mi negra, ya la echo de menos, porque nos hemos acostumbrado a compartir todas las cosas juntos», me dijo.*

Yo continué preguntando: «¿Cómo llegó a la Universidad Central?, ¿quién lo trajo?», y me contestó: «*Cuando en la Calle Diecinueve se puso escaso el trabajo empecé a pedirle a Dios que me abriera otras puertas y a recomendarle a algunos de mis clientes si sabían de algo. El abogado Henry Giraldo me contó que estaba trabajando como asesor jurídico de la Universidad Central. Entonces no perdí la oportunidad para pedirle ayuda. De una le fui diciendo si me podía hacer el favor de hablar por mí y me dijo ‘pues voy a ver’, y al tercer día me trajo aquí. Me presentó con el doctor Billy, hablamos y sí, me aceptaron, entonces empecé y ya llevo ocho años».*

## Lunes otra vez

Es lunes. Rafael se bajó de una de las rutas que vienen del barrio La Victoria y dejan pasajeros en el centro de la ciudad. A las 6:30 de la mañana dejó en la puerta del colegio a su hija Daniela, de 10 años, a quien le había preparado el desayuno a las 5:30 de la mañana, mientras ella se bañaba y él se tomaba el primer tinto del día. Se había levantado a las 4:30 de la mañana, costumbre que asumió desde cuando niño su mamá lo levantaba a esa hora: «*Vivíamos en Egipto y bajábamos al dispensario del Seguro Social que todavía queda en la Carrera octava entre calles Doce y Trece. Yo llegaba a hacer fila de tercero o de cuarto»*, me comentó.

La Diecinueve apenas se despertaba del letargo del domingo. Los estudiantes atravesaban la Avenida con afán, y el tránsito de vehículos aumentaba cada vez más. Los vendedores de periódicos se instalaban en las esquinas. El frío penetraba a los transeúntes y a las pocas oficinistas que ya se contonean por esta calle. Él subió por la Avenida Diecinueve, y se dio cuenta de que sus antiguos compañeros, los embellecedores de calzado, aún no arrimaban a sus puestos fijos. Iba muy pulcro, con su vestido completo y de corbata. Dobló por la esquina de la Carrera Quinta, hasta que llegó a cumplir la cita de todos los días.

Son las siete de la mañana. En la entrada principal de la Universidad los celadores les piden el carné a los estudiantes, a él lo dejaron pasar sin llamarle la atención. Él llevaba un documento de la Universidad que dice

*Lustrador independiente.* Cuando ingresó a la Universidad saludó a los celadores y a las aseadoras que ya estaban abriendo y encendiendo las luces de los primeros salones. Cuando caminé con él hasta el cuarto donde se pone su overol sacó del bolsillo de su camisa sus papeles personales y me mostró el carné. Le pregunte por qué le gustaba trabajar de manera independiente, y si no le serviría estar más vinculado con la Universidad Don Rafael respondió, sereno y sincero: *«Aquí no quieren ningún compromiso conmigo. y como mi costumbre ha sido ser independiente, es mejor, porque de pronto ya me volverían una especie de mensajero. Yo he trabajado treinta y siete años independiente».*

Alíex Trujillo, profesor del Departamento de Ingeniería Mecánica, con el dejo de su acento cubano, quien iba en ese momento para su oficina hizo un comentario acerca de don Rafael: *«Nosotros estamos en esta Universidad casi fragmentados, y uno de los hilos que abarca casi todos esos fragmentos es Rafael, él lleva noticias de aquí para allá, no de chisme, sino, por ejemplo, dónde queda tal y tal oficina. Es una persona muy vacana. Posee la sabiduría de la conversación».* Cuando Alíex se retiró don Rafael agregó: *«Sí, los profes me pican la lengua. Me dicen: ‘Entonces qué, Rafa, ¿qué dicen por allá en las altas esferas?’ Yo les contesto ‘es que como sufro de amnesia’, y sigo caminando con mi caja».*

En el pequeño cuarto se cambió para iniciar la jornada. Se estrenó un overol negro y empezó a recorrer los corredores, las aulas y los departamentos de la Universidad como pez en el agua. Así se le pasa el día. Cuando brilla los zapatos, sus ojos bien expresivos se detienen a observar los rostros afanados de académicos y directivos que inician la semana y suelen apurarlo. Mientras esparce el betún les dice: ‘Tranquilo doctor, eso del afán no queda sino el cansancio’. Sobre esta misma situación agregó: *«Hay varias personas a las que les gusta mi forma de trabajar y mi comportamiento. Yo les charlo, estoy bromeando con ellos y yo muchas veces no me pongo que es el Doctor, no, yo no analizo eso, no, yo voy soltando las palabras así, pero en el sentido no de ser grosero ni de meterme dentro del tema de ellos, sino con bromas, entonces les da risa. Abí sí como dicen: la gracia la puso Dios, porque yo no».*

El precio que cobra por su trabajo es estándar. A las personas que desempeñan oficios más humildes les cobra lo mismo que a las directivas y profesores de la Universidad. Por su trabajo cobra \$1.800 pesos, valor que, en algunas ocasiones, le es pagado de diferentes maneras. A veces le cancelan de una vez lo de varias lustradas, otras veces le aplazan el pago, pero después llega la recompensa. Rafa sencillamente se encarga de realizar su oficio con amor, sin tanto interés, y así la platica le va llegando. En un día se puede hacer entre \$25.000 y \$30.000

## Entre el juego, los chispazos, la prudencia

Además de ser buen lustrabotas, se destaca por ser buen ajedrecista y saber darle a la mecha en el tejo. ‘En el juego se analiza mejor a las personas’, dice Rafael.

Se burló cuando contó que una vez le dio una paliza en microtejo al equipo de arquitectura de la Universidad: *«Una vez, yo no es que sea bueno, como dicen soy de suerte, y el equipo de arquitectura me mofaba, me decían que me iban a dar una trilla en el tejo. El día que me tocó jugar contra ellos yo estaba muy de buenas y les di su paliza. De ahí están todos calladitos, todos asustados conmigo. Yo me divertí ese día, porque se les voltearon los papeles».*



Rafael Carranza

Visita de vez en cuando la oficina de Recursos Humanos. En esta ocasión, mientras Yolanda Vela, contestaba llamadas y les daba instrucciones a sus asistentes hizo un comentario sobre él: *«Es una persona que se integra con la universidad. Se siente muy de la casa. Ganó torneo de argollas en los juegos del año 2004. Me parece tranquilo. Uno lo ve por ahí, él no acosa, está siempre sonriente, pero él se deja ver. A veces yo le digo: ‘¿Rafael esos zapatos son de charol?’... y me dice: ‘No señora, los lustro, no ve que si no lustro mis zapatos no son carta de presentación».*

En los pocos ratos de descanso que tiene se sienta a jugar una partida de ajedrez con algún profesor que como él quiera reposar el almuerzo. Les ha ganado partidas a filósofos, ingenieros y matemáticos, a pesar de que aprendió a mover las fichas empíricamente.

## Con los profes de Humanidades

Eran las diez de la mañana de un jueves. Rafa estaba en el Departamento de Humanidades y Letras, prestándole sus servicios al Maestro Isaías Peña Gutiérrez, quien pausado y analítico comentó: *«Rafa me parece una persona muy prudente. Una cosa que me gusta es que a veces uno no quiere conversar porque está pensando en otra cosa, y Rafa tiene eso de bueno, que cuando uno no habla, él hace su trabajo perfectamente callado, y lo hace muy bien».* Adriana Rodríguez, muy lista, respondió: *«Rafael me parece discreto y le atina a muchas cosas. Uno a veces está hablando y él sale con unos comentarios tan sagaces, de conocer muy bien a sus personajes, es muy observador. Me acuerdo que hace un tiempo me entregó una historia acerca de unas vasijas rotas. Apuntaba a que hay cosas que nos dejan marcados en la vida, que lo inútil puede convertirse en útil y que toda realidad tiene una faceta benéfica. Rafael es un hombre de muy buen gusto».* Gustavo Becerra, ‘el Pluma’, con un tinto y un cigarrillo en la mano, esta vez serio y a media voz dijo: *«Entre el oficio del docente y el del lustrabotas hay algo en común. En la universidad él lustro cuero, nosotros lustramos gente por dentro... Por otro lado, a veces cuando en el Departamento decimos frases groseras, sorprende que don Rafael no usa ese tipo de expresiones. Es una persona que se ha adaptado a esta institución con una actitud benevolente. Yo lo llamo ‘el señor Cherry’, porque él es un señor».*



Rafael se despidió de los profes y se dirigió a la oficina de Mauricio Hernández, el Director de Apoyo Financiero de la universidad. Un cuadro en la pared con la figura de un saxofón adorna el espacio. Mauricio Hernández es una de las personas que más admira a Rafael, y me comentó: *«A mí me parece que Rafael tiene muy claro qué es lo verdaderamente importante en el mundo. Él tiene un conocimiento de la Biblia, que no es sólo el literal, sino que lo hace práctico. Como yo he leído la Biblia de manera irresponsable le pregunto que frente a determinado hecho de la vida cotidiana qué proverbio de la Biblia se puede aplicar, entonces él me dice, por ejemplo: ‘sobre toda cosa guarda tu corazón’. Algo así como ‘uno es dueño de lo que calla y esclavo de lo que dice’. Yo creo que Rafael no se convirtió al cristianismo, sino que se convirtió a ese conocimiento».*

## Su vida en el Evangelio

Desde hace trece años Rafael sigue con atención las palabras de la Biblia. Se ha interesado por profundizar con su esposa y sus niñas en el Evangelio, estudio que lo ha hecho experimentar cambios profundos en su existencia.

Era domingo. En el espacio de la Iglesia Avivamiento Centro Mundial, donde antes quedaba una bodega de muebles hay una gran concentración de personas. Llegó ese día a las 6:00 a.m., vestido de paño y con corbata. Un brazalete lo distinguía de los demás. Se alistó para prestar su servicio de ujier coordinador. A las personas que iban llegando las acomodó mientras el pastor sacaba espíritus de enfermedad a un conjunto de asistentes que estaban en la tarima del recinto.

A las once de la mañana cuando la predica terminó, las alabanzas con cantos, los aplausos, y los movimientos de gozo cesaron, se subió a las oficinas privadas de la Iglesia a prestar el servicio de consejería. Escuchó por el teléfono las dificultades de las personas que desde distintas partes del país llamaban a pedir ayuda. Los anotó en un libro para asistirlos con oración.

En sus estudios llegó al nivel de consejero, pues desde el momento que comenzó a asistir a las reuniones de la Iglesia empezó a estudiar la palabra de Dios. Primero realizó un curso de Biblia en el que aprendió todo lo concerniente al conocimiento de ésta. Después hizo el curso de discipulado, y finalmente, el curso de líderes y consejería.

Su esposa Luz Miriam Corredor casi tan alta como él, morena, de cabello largo lacio, de ojos brillantes, y bastante seria, salió ese domingo al parqueadero de la Iglesia y comentó: *«Somos una pareja que nos entendemos mucho en todo sentido. Tenemos un hogar muy organizado, tenemos tres hijas: Jobana Mileidy, de 20 años; Miriam Graciela, de 16 años; y Daniela, de 10 años».* *«Cómo la conoció y la conquistó»*, le pregunto, se sonríe y me dice: *«A mi esposo yo lo distinguí en una fiesta. Nos conocimos porque yo trabajaba por ahí y él pasaba, él era muy coqueto, entonces comenzamos a hablarnos, entonces a mí como que no me gustaba que fuera tan coqueto. Pero algo que me enamoró de Rafael fue esa perseverancia. Comenzó con ese cuidado, yo vengo, yo lo otro, hasta que nos*

*casamos, acá, en el Señor. Nos conocemos hace más o menos 21 años. Duramos de novios como siete meses, algo así, no fue mucho. Ahora todavía me dice linda. Acá en la Iglesia nos ven de la mano. No tenemos serios problemas como en otros bogares. Él es el proveedor. Yo distingo más esto, porque nosotros aprendemos a depender de Dios, que es fiel».*

Luz Miriam se despidió para irse a su casa del barrio La Victoria, mientras su esposo continuaba en su labor como consejero.

Entre lustradas, conversaciones, jugadas de ajedrez, y el domingo como ujier coordinador, pasa la semana Rafael Carranza, el fino lustrabotas de la Universidad Central. Fino no sólo por la forma de lustrar con el betún *súper calidad* que utiliza, sino porque con la alegría que le ha puesto a su diario vivir ha conquistado el amor de su familia, la admiración de sus hermanos cristianos, y el afecto de los centralistas. Todo en él se ha pulido con esta profesión, la que le dio otro estatus, casi el de empresario. Él mismo confiesa: *«Yo creo que si no hubiera sido lustrabotas me hubiera gustado ser empresario»*. Sin serlo lo es a su manera. Con su trabajo descubrió un prodigio de la vida: respetar a todo el mundo, al pequeño y al grande. *«Uno se pone a los pies de otra persona y eso me parece una señal de humildad, no de ser 'miserable', no, sino de 'aquí estoy a sus pies'. Es darse a la demás gente»*, agregó.

Por estos días asiste junto con otros compañeros de oficio a veinticuatro horas semanales de formación en cultura y servicio al cliente, actividad de la Alcaldía Local de Santa Fe. Allá ha sido tan simpático como en La Central, y ha dado muestras de cómo es que Rafa brilla el calzado.

Alza la banqueta donde se sienta y el cajón de madera que él, junto con aproximadamente cuatrocientos lustrabotas más, recibió del concejal-lustrabotas Luis Eduardo Díaz. El cajón tiene tallado un corazón. Rafa termina su recorrido por los pasillos y las oficinas, sonrío. Así le llega la noche. Del pequeño cuarto que le adjudicaron en la sede del centro de la Universidad saca sus objetos personales. Se quita el overol y la corbata camuflada aparece, tanto como su sonrisa, para nada maquillada y ficticia. Camina por las calles del Centro y se dirige a su casa del barrio La Victoria, donde desde hace seis años vive con sus cuatro amadas mujeres. Al día siguiente a las cuatro y treinta de la mañana se despierta y le da gracias a Dios por el día. *«Uno puede orar en la noche o en la madrugada cuando hay menos ruido, incluso uno se ubica en un lugar de la casa donde uno lo pueda hacer mejor. Hay que hacerlo. Es como si uno estuviera con su hijo o hija y conversara con ellos cada ocho días, creo que se sentiría incómodo, pero viviendo con su hijo usted lo mima, habla con él todos los días, así es la comunión de nosotros con Dios»*, me comentó. Atiende a su hija menor y se prepara para su rutina. Trabaja en el digno oficio de lustrar el calzado y de paso, si puede, alegrar los corazones de quienes se encuentre. **hU**